

ñales tan divinas de elevacion y de sabiduría; de unas verdades que tanto honor hacen al hombre y las que únicamente son dignas de la razon; de unas verdades de tanto consuelo para el corazon y las que únicamente pueden darnos la paz y la tranquilidad en nuestro interior; de unas verdades, finalmente, que nos proponen unos intereses tan grandes, á los que no podemos mostrarnos indiferentes sin locura y extravagancia. Os preciais del poco efecto de nuestro celo y de que todos vuestros discursos os dejan del mismo modo que os hallan, y con esto os parece que honrais á vuestro entendimiento: no quiero deciros que os precieis de estar en lo profundo del abismo y en aquel estado de reprobacion en que casi no hay remedio, aunque esto merece horror y lástima á un mismo tiempo; pero sí os digo que la mas segura señal de un talento frívolo y ligero, de una capacidad corta y limitada, de un corazon perverso é incapaz de elevacion y grandeza, es el no hallar cosa alguna que le mueva, que le asuste, que le satisfaga, que le interese en las verdades tan prudentes y sublimes de la moral de Jesucristo.

Porque á lo menos los pecadores de otra especie conservan todavía algunas reliquias de respeto y alguna sensibilidad á la verdad, que persevera en ellos aun en medio de una vida delincuente, pero que siempre es señal de un buen corazon, de un corazon que todavía gusta del bien, de un entendimiento claro, el que aunque arrastrado del mundo y de las pasiones, sabe hacerse justicia, conoce la fuerza de la verdad que le condena y nos deja esperanzas de salud y de arrepentimiento. Estos pecadores confiesan á lo menos que tenemos razon: es verdad que no mudan sus costumbres; pero á lo menos los mueve la verdad, los asusta, los agita, excita en ellos algunos débiles deseos de salvacion

y esperanzas de convertirse en adelante; no quisieran ser tan sensibles á las amenazas de la fe, casi temen el oírnos por no perder aquella falsa tranquilidad en que consiste toda la dulzura de sus delitos; cuando salen de nuestros sermones procuran divertirse para desvanecer la turbacion y la tristeza que han dejado en su alma las verdades que han oido; inmediatamente van á buscar en medio del mundo y de los placeres una mano lisonjera que les arranque el secreto aguijon que la divina palabra ha dejado en sus corazones y que cierre la herida de donde habia de salir el remedio; temen el que se rompan sus grillos, vuelven la cabeza por no ver la luz que viene á turbar la tranquilidad de su sueño. Es cierto que aman sus pasiones, pero á lo menos no insultan á la verdad; al contrario, respetan su poder buscando defensas contra ella; son unos pecadores cobardes, que temen no poderse defender contra Dios, huyen de él y no quieren encontrarle. Pero vosotros os preciais locamente de esperarle con tranquilidad y de no temerle; teneis por grandeza de ánimo y por verdadera filosofía, el no dejaros sobrecoger de los temores vulgares; os parece que un religioso temor afrentaria la soberbia de vuestro entendimiento, y al mismo tiempo que en lo oculto sois una alma la mas cobarde y tímida, la que mas se abate al primer peligro que la amenaza, la menos constante contra los sucesos, y á la que mas agitan las esperanzas y frívolos temores de la tierra; os preciais de valientes contra la verdad, esto es, se halla en vosotros cuanto tiene de bajo é infame el temor, y os avergonzais de tener lo grande y razonable que en él se halla. No teneis valor contra el mundo, y os preciais de un valor insensato contra Dios.

Esta es la segunda disposicion con que debeis venir á oír nuestras instrucciones; un verdadero dolor por el poco

fruto que hasta ahora habeis sacado de ellas. La última es un vivo reconocimiento á este medio de salvacion que Dios os prepara, conservándoos el depósito de la verdad y continuando entre vosotros la sucesion de ministros autorizados para anunciaros su santa palabra.

Y á la verdad, el mas terrible castigo con que en otro tiempo castigaba Dios las iniquidades de su pueblo, era el escasearle su palabra. Irán, dice por su profeta, desde el Oriente al Occidente á buscar alguno que les anuncie mi palabra y no le hallarán;¹ y no solamente no suscitaba algun verdadero profeta en Israel, sino que permitia que se levantasen en medio de su pueblo falsos doctores que apartaban las tribus de su cunto y las predicaban unos dioses que no habian conocido sus padres.

Es, pues, católicos, una muy singular misericordia de Dios, que no obstante las iniquidades que parece han llegado entre nosotros á lo sumo, os suscite aún profetas y pastores que os anuncien una palabra santa é irreprehensible; es una proteccion muy singular del Señor el no haber permitido que haya prevalecido entre nosotros el error contra la verdad como en otros pueblos vecinos, y que la pavesa del cisma y de la novedad que se levantó el siglo pasado y que hubo de abrasar toda la Europa, no asolase todo su patrimonio, y que en nuestras provincias, donde parece habia nacido y en donde habia hecho tan funestos progresos, no ocupase el lugar de la fe de nuestros padres.

Sí, católicos, su bondad es únicamente quien ha conservado la paz á este rebaño, la libertad á nuestro ministerio, la sucesion legítima á nuestros pastores, las venerables y

¹ Amós. 8. v. 13.

antiguas costumbres en el culto y el depósito de la doctrina y de la verdad en nuestras iglesias. ¿Cuántos infelices, en aquellos lugares en donde domina el error, hallan hoy al pié de los mismos púlpitos en que sus mayores oyeron las palabras de vida eterna y el Evangelio de paz, una doctrina de muerte, de rebelion y de mentira? ¿cuántas almas separadas de la unidad, aunque dispuestas á recibir la verdad y á amarla, perecen solamente porque se las propone el error revestido de apariencias de verdad y porque se valen para perderlas de la misma docilidad que debiera salvarlas?

¿Qué cosa habeis hecho vosotros que merezca el que se os haya separado de tantas naciones engañadas? ¿por qué no habeis sido comprendidos en la misma condenacion? ¿por qué habeis habitado en esta feliz tierra de Jessen, que es la única ilustrada con las luces del cielo, al mismo tiempo que todo lo restante del Egipto está cubierto de tinieblas? ¿no es únicamente la misericordia de Dios la que os ha separado de tantos pueblos que se precian de su error y de su cisma? Vosotros aun estais á vista de vuestros pastores, aun recibís la doctrina de los apóstoles de mano de sus sucesores, la verdad llega aún á vosotros desde una fuente pura y divina, aun resuenan por todas partes en los púlpitos cristianos máximas de fe y de piedad, y todavía os ofrece la bondad de Dios mil medios de salvacion solamente con conservar el de la instruccion y la doctrina.

No obstante esto, ¿venís á oírnos con un corazon movido de agradecimiento? ¿mirais como un beneficio especial de Dios el depósito de la verdad y de la santa palabra que se os ha conservado y que aun se os anuncia? ¿decís alguna vez con el profeta: No ha hecho otro tanto con otras

muchas naciones, á las que no se ha dignado manifestar sus juicios y sus justicias?¹

¡Ah! que solamente venís aquí con el disgusto que inspira la irreligion y la vanidad; no teneis instantes mas molestos que los que empleais en oír las verdades que habian de ser todo el consuelo de vuestra vida. Os enfada el que la religion del soberano os haga de este ejercicio una especie de obligacion y de bien parecer. Aun nosotros mismos tenemos precision de respetar vuestros enfados y disgustos, mezclando muchas veces la verdad con adornos humanos que siempre la debilitan; parece que venimos aquí á suplicaros algun favor y vosotros á oírnos como á importunos que os piden gracias. En los espectáculos profanos no teneis por mal empleados los instantes que se ocupan en unos frívolos placeres; allí cesan todos los cuidados de los negocios, de la fortuna, de la familia, y el entendimiento, que nació para cosas mas serias, olvidándose de todo, se sustenta con ansia con unas aventuras quiméricas. De allí siempre salís satisfechos, preocupados, poseidos de unas máximas lascivas, que se han cantado en un teatro reprehensible. Repasais en la memoria los pasajes que han hecho mas peligrosas impresiones en vuestro corazon, y aun al pié de los altares os estais acordando de ellos. Estas imágenes, tan funestas para la inocencia, no pueden borrarse, y al salir de oír la divina palabra, lo mas que se os acuerda acaso son los defectos del que os la ha predicado.

Católicos, ya no castiga Dios de un modo sensible el desprecio de su palabra; bien pudiera trasladar su Evangelio á aquellas naciones bárbaras que nunca han oído hablar de él, y abandonar de nuevo su heredad; pudiera sacar de

¹ Psalm. 147. v. 20.

lo íntimo de sus desiertos á los pueblos infieles y feroces y entregarles nuestros templos y nuestras casas, como hizo en otro tiempo con aquellas Iglesias tan célebres que habian ilustrado los Tertulianos, los Ciprianos, los Agustinos, y en las que al presente no se hallan mas señales del cristianismo que los ultrajes que allí recibe Jesucristo y las cadenas de que allí están cargados los fieles; bien pudiera hacerlo; pero se venga mas en secreto y acaso mas terriblemente; todavía os deja el espectáculo y todo el aparato exterior de la predicacion del Evangelio, pero separa su fruto para los sencillos é ignorantes que habitan en los campos; el temor que nace de la fe no es mas que para ellos. No saca á sus profetas de las ciudades, pero les quita, si es lícito decirlo así, la fuerza y la virtud de su ministerio. No llueve de estas santas nubes mas que aridez y sequedad. Os suscita nnos profetas que os representan la verdad muy hermosa, pero no os la hacen amable; que os agradan, pero no os convierten: deja que se debilite entre nuestros labios el santo terror de su doctrina, no saca de los tesoros de su misericordia aquellos hombres extraordinarios, suscitados otras veces en los siglos de nuestros padres, que renovaban las ciudades y los reinos, que cautivaban á los grandes y al pueblo, que mudaban los palacios de los reyes en casas de penitencia; un San Bernardo y un San Vicente Ferrer en las Galias, un San Raimundo en la Italia, un Santo Domingo en toda la Europa, un San Francisco Javier en el Nuevo Mundo, y permite que nosotros, que somos unos hombres flacos, hayamos sucedido á aquellos hombres apostólicos.

¿Qué mas diré? Juntamos aquí, como en otro tiempo San Pablo en Atenas, unos oyentes ociosos, movidos de la curiosidad, y que solamente vienen á oír alguna cosa nueva,

cuando al mismo tiempo los que en vuestros Estados evangelizan á vuestros vasallos, ven á sus piés, como en otro tiempo Esdras, unos israelitas sencillos que no pueden contener sus lágrimas luego que oyen las palabras de la ley. Nosotros divertimos el tiempo y la ociosidad de los príncipes y grandes de la tierra, cuando al mismo tiempo otros santos ministros hacen que renazca Jesucristo en los corazones y recogen en las aldeas una abundante cosecha. En una palabra, nosotros discurremos y ellos convierten. De este modo, ¡oh Dios mio! poneis ocultamente en ejecucion vuestros severos y terribles juicios.

Pero, católicos, permitásenos decir lo que Pablo y Bernabé decían en otro tiempo á los judíos infieles: Vosotros érais los primeros á quienes se debían anunciar las palabras de salvacion; pero ya que las despreciáis y que os tenéis por indignos de la vida eterna, nos vamos á predicar á las naciones abandonadas, á aquellos pobres pueblos sepultados en la ignorancia, que cultivan vuestros campos, y que recibirán con fe y agradecimiento la gracia que vosotros despreciáis. *Vobis oportebat primum loqui verbun Dei: sed quoniam repellitis illud, et indignos vos judicatis eterna vita, ecce convertimur da gentes.*¹ Nuestros trabajos serán mucho mas útiles, nuestro yugo mas suave y nuestro ministerio de mas consuelo. No contaremos entre nuestros oyentes nombres celebrados en la historia; pero contaremos los nombres de los que están escritos en el cielo. No veremos juntos allí todos los títulos y todas las grandes dignidades de que se forma la gloria y figura del mundo que pasa; pero veremos la fe, la devocion, la inocencia en que consiste toda la gloria del cristiano, que dura eternamente.

¹ Act. 13. v. 46.

No oiremos los vanos aplausos que se dan al lenguaje del hombre y no al de la fe; pero veremos correr las lágrimas, que son el inmortal idioma de la gracia. Nuestros púlpitos no estarán rodeados de tanta pompa; pero nuestro auditorio será un espectáculo digno de los ángeles y de Dios.

Estas son las disposiciones con que os debéis preparar para nuestros sermones. Ahora es necesario instruiros acerca del espíritu con que debéis oirnos.

SEGUNDA PARTE.

Para instruiros en orden á la disposicion con que debéis oir la divina palabra, basta el proponeros cuál sea su autoridad y su fin. Su autoridad, que es divina, os pide una disposicion de respeto y docilidad. Su fin, que es la conversion de los corazones, una disposicion fiel, que solamente busque en ella luces para salir de sus errores y remedios para curar sus males.

Digo primeramente que su autoridad es divina; y así, católicos, la palabra que os anunciamos no es nuestra, sino del Señor que nos envía. Desde que nos colocó en el santo ministerio por medio de una vocacion legítima, quiere que nos mireis como á embajadores suyos que os hablan de su parte y que no hacen mas que ofrecer su débil voz á su divina palabra. Es verdad que nosotros conservamos este tesoro en vasos de barro; pero por eso nada pierde de su majestad; somos semejantes á aquellos vasos de tierra de que se sirvió Gedeon en otro tiempo contra los enemigos del Señor; el sonido podrá ser vil y despreciable; pero la verdad, aquella luz divina que Dios ha puesto en nosotros, no por eso deja de haber bajado del cielo, destinada como las lámparas de Gedeon á atemorizar hoy tambien á las almas fieles.

Debeis, pues, manifestar primeramente una piadosa docilidad á la autoridad de esta divina palabra, y oirla como discípulos y no como jueces. Las reglas del culto y de la devocion que os proponemos son las decisiones del Evangelio, las leyes de la Iglesia y las máximas de los santos. No venimos á proponeros aquí nuestras opiniones, nuestras preocupaciones ni nuestros discursos. Esta cátedra no es para disputar, sino para anunciar la verdad. En la cátedra de la paz y de la unidad no se debe proponer cosa alguna que admita contradiccion. Nosotros hablamos aquí en nombre de la Iglesia, y en este punto no somos mas que intérpretes de su fe y de su doctrina.

No obstante, cuántos hombres que se tienen por sábios y se precian de su capacidad y talento, vienen aquí con un ánimo dispuesto á no dejarse sorprender de los terrores de la divina palabra! No se precian, como los pecadores de que hemos hablado, de ser insensibles á la verdad; pero miran nuestro ministerio como un arte lleno de exageraciones é hipérboles. Los mas santos movimientos de celo no son para ellos mas que una frases estudiadas de un humano artificio; las mas terribles amenazas, ímpetus de una vana elocuencia; las máximas mas indefectibles, discursos en que tiene mas parte la costumbre que la verdad; las sentencias mas propias para aterrar las conciencias, modos de hablar que cada uno puede mitigar libremente. Este, católicos, es el deplorable estado de la mayor parte de los que aquí asistís. Continuamente oponéis en vuestro interior á las verdades que anunciamos las máximas, y preocupaciones del mundo que las contradicen; sois ingeniosos para debilitar en vuestro interior, con especiosas razones, lo que llamais exceso en nuestras máximas; venís aquí á impugnar la verdad y no á ceder á su fuerza y á su luz; parece

que no venís mas que á disputar con Dios, á debilitar la eterna inmutabilidad de su palabra, á defender la mentira contra los intereses de la verdad, y á ser secretos apologistas del mundo y de las pasiones en el mismo santo lugar destinado á condenarlas y combatir las. ¡Ah! permitid á lo menos que esta verdad triunfe en su templo. No la disputéis esta corta victoria, pues tantas veces ha triunfado de todo el universo; oprimida en hora buena en el mundo, en aquellas asambleas de vanidad que junta el error, y en las que el error preside; ¿no os basta haberla desterrado del mundo y que no se atreva á parecer en él sin exponerse á las burlas y censuras? Dejadnos á lo menos el triste consuelo de publicarla á vista de estos altares que ella ha levantado y que á lo menos deben servir de asilo.

Nos acusais de que exageramos, ¡oh gran Dios! y vos nos juzgareis acaso algun dia de que hemos debilitado la fuerza y la virtud de vuestra palabra por no haberla meditado suficientemente al pié de los altares, y acaso tambien de haber acomodado la santa severidad de vuestro Evangelio á las condescendencias y mitigaciones de nuestro siglo! ¡y acaso algun dia nos pondreis entre los obreros de iniquidad, porque la tibieza y negligencia de nuestras costumbres habrá quitado á la palabra que anunciamos aquel terror y aquella vehemencia divina que no se puede hallar sino en una boca consagrada con la piedad y la penitencia! ¿Y qué? ¿os parece, católicos, que las eternas verdades que nos propuso Jesucristo no son suficientes para asustar las conciencias, sin que el entendimiento del hombre las añada terróres extraños? ¿exageraria San Pablo cuando aquel gobernador romano, á pesar de la soberbia de una falsa sabiduría y de las preocupaciones de un culto idólatra, temblaba, como dice San Lucas, oyéndole hablar de la